N° 1	**…soy poeta?**	**Ángel González**
N° 2	**El oficio de escribir**	**Almudena Grandes**
N° 3	**Reflexiones**	
N° 4	**Es que somos muy pobres (*)**	**Juan Rulfo**
N° 5	**Tano**	**Luis Sepúlveda**
N° 6	**Prejuicios asesinos**	**Rosa Montero**
N° 7	**Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos**	**Juan José Arreola**
N° 8	**Grave problema de los argentinos**	**Julio Cortázar**
N° 9	**La espera (*)**	**Jorge Luis Borges**
N°10	**Lenguas e inmigración: el bilingüismo es una ventaja**	
N° 11	**Botines con lazos**	**Olga Orozco**
N° 12	**A la Pintura (poema del color y la línea)**	**Rafael Alberti**

Ejercicios

1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.
2. Se recomienda entregar las redacciones **puntualmente todas las semanas**, para bien del que las escribe y del que las corrige.
3. Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.
4. La copia de cualquier naturaleza sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo y la suspensión del curso.
5. Los estudiantes deben hacer personalmente las redacciones sin ayuda de terceros para evitar la suspensión del curso.

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10

N° 1 …soy poeta? **Ángel González**
(Oviedo, 1925 – Madrid, 2008)

"La escritura es una especie de enfermedad contagiosa que los libros transmiten a quienes los frecuentan en exceso. Todos los lectores contumaces están expuestos a ese contagio, y en distinta medida todos lo sufren, aunque algunos lo desconozcan y otros, por prudencia o timidez, lo oculten. El lector químicamente puro no existe; en su interior hay siempre un escritor latente o agazapado que a veces se despierta de su letargo y se abalanza sobre parientes y amigos creando en la mayoría de los casos (hay admirables excepciones) situaciones de pánico o de desolación. Cuanto más temprano sea el contacto con los libros, más graves y duraderos serán las consecuencias de ese virus incubado en el texto que son, unas veces por fortuna y otras por desgracia,casi siempre incurables.Exagero poco; creo que Kafka hablaba de la literatura como lepra.

Sirva la anterior divagación para explicar por qué escribo.Comencé a leer de niño, y los síntomas del contagio se manifestaron precozmente con efectos que no dudo en calificar, apelando a un neologismo que ruego me disculpen, de cataestróficos: a los 12 años de edad ya había incurrido en décimas y sonetos cuyos principales causantes (no diré culpables) era Espronceda y Rubén Darío.Para empezar, la poesía ajena fue el estímulo primero y determinante de mi propia poesía. He citado muchas veces a una frase de Northrop Frye que considero oportuno volver a recordar: "Todo poema precede de otro poema." Yo nunca hubiese escrito poesía si previamente no hubiera leído poesía. Eso lo tengo claro. Pero las razones por las que sigo escribiendo o pretendiendo escribir poesía 60 años después de haber sufrido el contagio de la literatura son dudosas. Para justificar el acto en principio gratuito (y a veces oneroso: hay quienes pagan por publicar sus versos) de la escritura poética se suelen esgrimir muy diversos argumentos, alguno de los cuales yo mismo he utilizado: el deseo de penetrar la realidad, de conocer y de evaluar éticamente el mundo; la necesidad de expresarnos o de comunicarnos; la voluntad de "anclar en el río de Heráclito" y de salvar del efecto corrosivo del tiempo algunas cosas queridas; el goce de crear belleza pura.

Todas estas justificaciones pueden ser válidas, y algunas lo siguen siendo para mí. Pero pienso que, si a estas alturas de mi vida continuo escribiendo, es también por otra razón menos grandilocuente y un tanto pueril que casi me avergüenza confesar. Me temo que, aunque siempre sostengo lo contrario, estoy cayendo en la tentación de creer que el poeta, bueno o malo, que mi versos configuran -ese personaje ilusorio que habla en los poemas-, soy efectivamente yo, y que el acabamiento del poeta significaría mi propio acabamiento. Se trataría, en último extremo, de un deleznable caso de amor propio, de un problema de supervivencia planteado con un grave error de perspectiva, quizá justificable; pues algo o mucho de mí persiste en lo que escribo. Y, aunque no ignoro que los poetas, como los toreros, deben saber retirarse a tiempo; y que en la vida hay cosas más serias que la poesía y, concretamente, que mi poesía; y que "el arte es largo y además no importa"; si a pesar de ser consciente de todo eso sigo escribiendo es, en parte, porque me resisto a confinar en el pasado ese residuo de mí mismo, a desprenderme de ese yo que es otro, pero que ahora, cuando los dos estamos acercándonos a un final inevitable, noto que me hace muchísima compañía. "

El País Semanal, pág. 35 04-01-1998

N° 2 El oficio de escribir **Almudena Grandes**

(Madrid, 1960)

Este 23 de abril, la escritora está preocupada. No por su futuro, sino por el de su oficio, los constantes malentendidos que alimentan una marea de ignorancia, de incomprensión en muchos casos espontánea, incluso bienintencionada. Eso es lo peor, porque no se siente agredida por personas con las que de costumbre está de acuerdo, sino más bien en esa tesitura evangélica en la que Cristo le pidió a su Padre que perdonara a sus verdugos porque no sabían lo que hacían.

“La creación literaria no morirá, pero llegará malherida a la última etapa del proceso”

De hecho, nadie que no esté en su lugar tiene por qué saberlo. Cada uno conoce su oficio, y el suyo consiste en pasar horas y horas delante de un cuaderno o de una pantalla, escogiendo, pensando, puliendo palabras, durante una jornada laboral semejante a la de los trabajadores de cualquier otro sector, aunque a veces, al final de una novela, puede llegar hasta diez, once horas diarias. Y esto, siete días a la semana, todas las semanas de todos los meses que caben en tres, o en cuatro, o en cinco años. No pretende proponerse como heroína, todo lo contrario. Es consciente de ser una privilegiada, porque no concibe una vida mejor que ésta. Pero el precio de su privilegio no es otra cosa que su trabajo.

El resultado es un objeto que cuesta menos que un cartón del tabaco que fuma. Un libro que ocupa espacio, pero que no se apaga, no se avería, no se funde, no se rompe cuando cae al suelo ni hay que recargar. Un libro que se puede llevar en el bolso, doblar, subrayar, marcar, prestar y releer infinitas veces. Ella lo sabe porque ahora mismo tiene la mesa llena de libros, sus páginas erizadas de etiquetas de colores, párrafos subrayados, márgenes anotados, anotaciones también en las guardas. Cuando necesita alguno, lo identifica de un vistazo, un fragmento inapreciable del tiempo que tarda en escribir “dentista 5 tarde” en la agenda de su móvil. Los libros tienen lomos, colores, portadas. Y algo más.

Un libro no es sólo el fruto del trabajo de su autor. Más allá del texto, trabajan un editor, un diseñador, un corrector de pruebas, un impresor, un distribuidor, un agente, un equipo de promoción, otro de *marketing,* las secciones de libros de los medios de comunicación, y al final, un librero. Si desaparecen los libros, y permanecen sólo los archivos de texto que los originan, desaparecerán todos estos sectores. Y no se trata sólo del número de trabajadores que habrán perdido su oficio, ni siquiera de que un mundo sin editores en quienes confiar ni librerías que colonizar sea más feo, más inhóspito que el nuestro. Lo peor es que alguien, sin duda, saldrá ganando.

Siempre que lucha la KGB contra la CIA, gana al final la policía, cantaba Joaquín Sabina hace algunos años. Y será la policía quien se lleve el dinero que dejen de ganar quienes trabajan por amor a los libros. Será una policía privada, desde luego, e informática. Porque los piratas siempre están donde más dinero se gana, y en el momento en que los autores se vean obligados a enviar su texto directamente a los lectores que quieran pagar por él, florecerán los sistemas de blindaje, los cortafuegos, las obras maestras del *software* antipiratería. Así, unos y otros se harán el juego mutuamente, y ni siquiera eso será lo peor.

Cuando desaparecen las condiciones imprescindibles para que se desempeñe un oficio, ese oficio desaparece. La creación literaria no morirá, pero llegará malherida a la última etapa del proceso. La tranquilidad imprescindible para pensar palabras mientras el tiempo pasa no es compatible con la angustia de un rehén de su equipo informático, expuesto a piratas tan voraces como los mafiosos a quienes paga por su protección, obligado a crear a la intemperie, sin ningún cómplice ni el abrigo de un editor al que llamar en los malos momentos, y abocado, con suerte, a convertirse en un profesional de la conferencia, de los talleres de escritura que absorberán la mayor parte de su tiempo, porque los profesionales no pueden improvisar, ni repetirse. Y esto, si acaso, respecto a la novela. Los géneros menos comerciales, como la poesía o el ensayo, no darán ni para policías. Y nadie estará interesado en digitalizarlos.

La literatura se irá volviendo más pequeña, más estrecha. Cada vez habrá menos libros distintos donde escoger, y todo el mundo leerá lo que lee todo el mundo. La escritura lenta, ambiciosa, exigente, se convertirá en una hazaña de ociosidad que, como en la Edad Media, sólo estará al alcance de los ricos, que no necesitan trabajar para vivir. Ese será el progreso social que habremos conquistado. Y todo por un objeto que cuesta menos que un cartón de Ducados.

Los libros no son, desde luego, imprescindibles para la vida. Pero quizá los que claman indiscriminadamente contra la industria editorial en general, y los derechos de autor en particular, deberían dedicar unos minutos a pensar en todo esto y comprobar si de verdad saben lo que están haciendo.

El País Semanal, pág. 136, 25-04-2010

N° 3 Reflexiones



Babelia, 28-08-2010

N° 4 Es que somos muy pobres

Juan Rulfo
(México, 1917-1986)

Aquí todo va de mal en peor. La semana pasada se murió mi tía Jacinta, y el sábado, cuando ya la habíamos enterrado y comenzaba a bajársenos la tristeza, comenzó a llover como nunca. A mi papá eso le dio coraje, porque toda la cosecha de cebada estaba asoleándose en el solar. Y el aguacero llegó de repente, en grandes olas de agua, sin darnos tiempo ni siquiera a esconder aunque fuera un manojo; lo único que pudimos hacer, todos los de mi casa, fue estarnos arrimados debajo del tejaván, viendo cómo el agua fría que caía del cielo quemaba aquella cebada amarilla tan recién cortada.

Y apenas ayer, cuando mi hermana Tacha acababa de cumplir doce años, supimos que la vaca que mi papá le regaló para el día de su santo se la había llevado el río.

El río comenzó a crecer hace tres noches, a eso de la madrugada. Yo estaba muy dormido y, sin embargo, el estruendo que traía el río al arrastrarse me hizo despertar en seguida y pegar el brinco de la cama con mi cobija en la mano, como si hubiera creído que se estaba derrumbando el techo de mi casa. Pero después me volví a dormir, porque reconocí el sonido del río y porque ese sonido se fue haciendo igual hasta traerme otra vez el sueño.

Cuando me levanté, la mañana estaba llena de nublazones y parecía que había seguido lloviendo sin parar. Se notaba en que el ruido del río era más fuerte y se oía más cerca. Se olía, como se huele una quemazón, el olor a podrido del agua revuelta.

A la hora en que me fui a asomar, el río ya había perdido sus orillas. Iba subiendo poco a poco por la calle real, y estaba metiéndose a toda prisa en la casa de esa mujer que le dicen la Tambora. El chapaleo del agua se oía al entrar por el corral y al salir en grandes chorros por la puerta. La Tambora iba y venía caminando por lo que era ya un pedazo de río, echando a la calle sus gallinas para que se fueran a esconder a algún lugar donde no les llegara la corriente.

Y por el otro lado, por donde está el recodo, el río se debía de haber llevado, quién sabe desde cuándo, el tamarindo que estaba en el solar de mi tía Jacinta, porque ahora ya no se ve ningún tamarindo. Era el único que había en el pueblo, y por eso nomás la gente se da cuenta de que la creciente esta que vemos es la más grande de todas las que ha bajado el río en muchos años.

Mi hermana y yo volvimos a ir por la tarde a mirar aquel amontonadero de agua que cada vez se hace más espesa y oscura y que pasa ya muy por encima de donde debe estar el puente. Allí nos estuvimos horas y horas sin cansarnos viendo la cosa aquella. Después nos subimos por la barranca, porque queríamos oír bien lo que decía la gente, pues abajo, junto al río, hay un gran ruidazal y sólo se ven las bocas de muchos que se abren y se cierran y como que quieren decir algo; pero no se oye nada. Por eso nos subimos por la barranca, donde también hay gente mirando el río y contando los perjuicios que ha hecho. Allí fue donde supimos que el río se había llevado a la Serpentina la vaca esa que era de mi hermana Tacha porque mi papá se la regaló para el día de su cumpleaños y que tenía una oreja blanca y otra colorada y muy bonitos ojos.

No acabo de saber por qué se le ocurriría a La Serpentina pasar el río este, cuando sabía que no era el mismo río que ella conocía de a diario. La Serpentina nunca fue tan atarantada. Lo más seguro es que ha de haber venido dormida para dejarse matar así nomás por nomás. A mí muchas veces me tocó despertarla cuando le abría la puerta del corral porque si no, de su cuenta, allí se hubiera estado el día entero con los ojos cerrados, bien quieta y suspirando, como se oye suspirar a las vacas cuando duermen.

Y aquí ha de haber sucedido eso de que se durmió. Tal vez se le ocurrió despertar al sentir que el agua pesada le golpeaba las costillas. Tal vez entonces se asustó y trató de regresar; pero al volverse se encontró entreverada y acalambrada entre aquella agua negra y dura como tierra corrediza. Tal vez bramó pidiendo que le ayudaran. Bramó como sólo Dios sabe cómo.

Yo le pregunté a un señor que vio cuando la arrastraba el río si no había visto también al becerrito que andaba con ella. Pero el hombre dijo que no sabía si lo había visto. Sólo dijo que la vaca manchada pasó patas arriba muy cerquita de donde él , estaba y que allí dio una voltereta y luego no volvió a ver ni los cuernos ni las patas ni ninguna señal de vaca. Por el río rodaban muchos troncos de árboles con todo y raíces y él estaba muy ocupado en sacar leña, de modo que no podía fijarse si eran animales o troncos los que arrastraba.

Nomás por eso, no sabemos si el becerro está vivo, o si se fue detrás de su madre río abajo. Si así fue, que Dios los ampare a los dos.

La apuración que tienen en mi casa es lo que pueda suceder el día de mañana, ahora que mi hermana Tacha se quedó sin nada. Porque mi papá con muchos trabajos había conseguido a la Serpentina, desde que era una vaquilla, para dársela a mi hermana, con el fin de que ella tuviera un capitalito y no se fuera a ir de piruja como lo hicieron mis otras dos hermanas, las más grandes. Según mi papá, ellas se habían echado a perder porque éramos muy pobres en mi casa y ellas eran

muy retobadas. Desde chiquillas ya eran rezongonas. Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron cosas malas. Ellas aprendieron pronto y entendían muy bien los chiflidos, cuando las llamaban a altas horas de la noche. Después salían hasta de día. Iban cada rato por agua al río y a veces, cuando uno menos se lo esperaba, allí estaban en el corral, revolcándose en el suelo, todas encueradas y cada una con un hombre trepado encima.
Entonces mi papá las corrió a las dos. Primero les aguantó todo lo que pudo; pero más tarde ya no pudo aguantarlas más y les dio carrera para la calle. Ellas se fueron para Ayutla o no sé para dónde; pero andan de pirujas.
Por eso le entra la mortificación a mi papá, ahora por la Tacha, que no quiere vaya a resultar como sus otras dos hermanas, al sentir que se quedó muy pobre viendo la falta de su vaca, viendo que ya no va a tener con qué entretenerse mientras le da por crecer y pueda casarse con un hombre bueno, que la pueda querer para siempre. Y eso ahora va a estar difícil. Con la vaca era distinto, pues no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo de casarse con ella, sólo por llevarse también aquella vaca tan bonita.
La única esperanza que nos queda es que el becerro esté todavía vivo. Ojalá no se le haya ocurrido pasar el río detrás de su madre. Porque si así fue, mi hermana Tacha está tantito así de retirado de hacerse piruja. Y mamá no quiere.
Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala. Todos fueron criados en el temor de Dios y eran muy obedientes y no le cometían irreverencias a nadie. Todos fueron por el estilo. Quién sabe de dónde les vendría a ese par de hijas suyas aquel mal ejemplo. Ella no se acuerda. Le da vueltas a todos sus recuerdos y no ve claro dónde estuvo su mal o el pecado de nacerle una hija tras otra con la misma mala costumbre. No se acuerda. Y cada vez que piensa en ellas, llora y dice: "Que Dios las ampare a las dos."
Pero mi papá alega que aquello ya no tiene remedio. La peligrosa es la que queda aquí, la Tacha, que va como palo de ocote crece y crece y que ya tiene unos comienzos de senos que prometen ser como los de sus hermanas: puntiagudos y altos y medio alborotados para llamar la atención.
-Sí -dice-, le llenará los ojos a cualquiera dondequiera que la vean. Y acabará mal; como que estoy viendo que acabará mal.
Ésa es la mortificación de mi papá.
Y Tacha llora al sentir que su vaca no volverá porque se la ha matado el río. Está aquí a mi lado, con su vestido color de rosa, mirando el río desde la barranca y sin dejar de llorar. Por su cara corren chorretes de agua sucia como si el río se hubiera metido dentro de ella.
Yo la abrazo tratando de consolarla, pero ella no entiende. Llora con más ganas. De su boca sale un ruido semejante al que se arrastra por las orillas del río, que la hace temblar y sacudirse todita, y, mientras, la creciente sigue subiendo. El sabor a podrido que viene de allá salpica la cara mojada de Tacha y los dos pechitos de ella se mueven de arriba abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para empezar a trabajar por su perdición.

Contemporary Latin American Literature, pág.144 y sig. McGraw-Hill, EEUU, 2001

Vocabulario

1. Nuevo diccionario de americanismos / dir. por Günther Haensch y Reinhold Werner
Beteiligt: Günther Haensch ; Reinhold Werner
Erschienen: Santafé de Bogotá : Inst. Caro y Cuervo, 1993
Standort: Fachbibliothek am Romanischen Seminar
Signatur: TW | 0 - A | 10
Status: Praesenzbestand

2. *DICCIONARIO BREVE DE MEXICANISMOS*
http://w ww.academia.org.mx/dicmex.phpRulfo
http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/juanrulfo/cronologia.htm

N° 5 Tano

Luis Sepúlveda
(Ovalle, Chile, 1949)

Don Giuseppe solía decir que era feliz como consecuencia de una serie de errores que recordaba con gusto. El primero de ellos ocurrió en 1946, cuando el joven panadero genovés se embarcó por fin rumbo a América, a una América que imaginaba con los brazos de la Estatua de la Libertad abiertos y hospitalarios. Para ser digno de tal recibimiento, don Giuseppe repasaba sin pausas las veinte palabras de inglés que le enseñara un soldado norteamericano.

A los cinco días de navegación, un tripulante le heló el alma al comunicarle que el barco navegaba con rumbo a América, pero a América del Sur, porque América -le dijo- es más grande y extensa que todas las esperanzas y sufrimientos.

Pasada la sorpresa, don Giuseppe buscó a alguien que le dijera más acerca de su destino, y no tardó en hacerse amigo de un maquinista, italiano como él, y que llevaba varios años navegando en los barcos de la Compañía Suramericana de Vapores.

El compatriota le habló de Argentina, un país enorme en el que la carne era poco más o menos que gratis y donde había trigo que hasta hacía muy pocos años lo quemaban para producir electricidad. Además -le indicó- conozco una familia piamontesa que se ha instalado en Mendoza con una fábrica de pasta, y si vas de mi parte, seguro que te ofrecen casa y trabajo.

El mismo maquinista se encargó de conectarlo con un camionero que transportaba colchones de Buenos Aires a las provincias.

- De acuerdo, tano, te llevo gratis, te pago los hospedajes y las comidas a cambio de que me ayudes a descargar, pero tu misión consiste en hablarme durante el camino. Háblame sin parar, de todo, aunque sean pavadas las que digas.

Don Giuseppe no entendió ni una palabra del camionero, pero algo le hizo comprender lo que el hombre quería, de tal manera que respondió “va bene”, y trepó a la cabina del camión. A los pocos kilómetros de marcha le agradó el trato de tano, de la misma manera como con el tiempo le divertiría que lo llamaran bachicha.

Apenas salieron del extrarradio de Buenos Aires, ante los ojos del emigrante empezó a desfilar un panorama liso, verde e infinito, en el que rara vez se cruzaban con otros vehículos y personas. Las lánguidas miradas de miles de vacas saludaron su paso por la Pampa, y para evitar que el conductor se durmiera le habló de su vida, de la guerra, de Génova, de sus sueños de emigrante.

Habían recorrido varios cientos de kilómetros cuando, al amanecer del día siguiente, el camión se desvió de la carretera por una camino de tierra que los llevó hasta las casas de una Estancia. Había otros camioneros allí, pero sobre todo había carne, mucha carne, reses enteras abiertas en cruz, asándose ante la mirada atenta de unos gauchos. El italiano comió y bebió como nunca en su vida, tanto que el camionero anfitrión, que tampoco estuvo a la zaga, lo mandó a continuar el viaje en la parte de carga, durmiendo la borrachera sobre los mullidos colchones.

Don Giuseppe nunca supo qué ocurrió en Mendoza, si es que el camión alguna vez llegó a esa ciudad. Sólo recordaba que fue despertado por un frío intenso y las voces de unos hombres de uniforme verde que le ordenaban bajar.

Con la cabeza a punto de estallarle y una sed caballuna, don Giuseppe saltó a tierra y se estremeció con el paisaje agreste de los Andes nevados. Su gesto de asombro hizo que los carabineros de Chile entendieran que no sabía dónde diablos estaba.

-Esto es Cristo Redentor, la frontera. De la tetilla izquierda del Señor para allá es Argentina; de la derecha para acá, Chile.

Recién entonces, don Giuseppe advirtió que el conductor del camión no era el mismo que lo había tomado en Buenos Aires, y en su atropellado dialecto genovés repitió una y mil veces que su destino era Mendoza, narrando entre medio los estragos del asado y del mucho vino bebido.

Del discurso de los carabineros chilenos, lo único que don Giuseppe entendió fue que le preguntaron si le había gustado el asado y el vino argentino. Como pudo, respondió que sí y eso bastó para que los policías chilenos lo jalaran hasta la cantina del destacamento. Allí, el emigrante se dio el segundo festín de carne y vino, con la consiguiente borrachera, de la que despertó convertido en socio de un sargento dedicado a la cría de pavos y otras aves de corral.

Años más tarde, don Giuseppe, el tano para unos, el bachicha para otros, abrió un emporio de ultramarinos en el barrio santiaguino de mi infancia. Fue un ciudadano más de aquel barrio proletario. En un grueso cuaderno de tapas negras anotaba las deudas de los que compraban a crédito, a los chicos nos repartía generosas lonchas de mortadela mientras nos iniciaba en los secretos de las óperas que embellecían las tardes desde sus discos de carbón, e invitaba a todos los vecinos a fiestas en el emporio cada vez que el Audax Sportivo Italiano se clasificaba para una final de fútbol.

La mejor fiesta tuvo lugar la noche del 4 de septiembre de 1970. Aquella noche, el barrio tenía muchos motivos para estar alegre: Salvador Allende había vencido en las elecciones presidenciales,

don Giuseppe se casaba con la señora Delfina, luego de una discreta relación mantenida durante veinte años, y para culminar la fiesta nos comunicó emocionado que acababa de nacionalizarse chileno.
Lo vi por última vez en 1994. Era un anciano. El emporio ya no existía, ni el barrio, que fue devorado por la miseria. Pero sus viejos discos de carbón continuaban llenando las tardes de amores imposibles y voces perdurables. Bebí con él varios vasos de vino, escuché una vez más su historia, y me dolió responderle que sí cuando quiso saber si era cierto que en Europa se trataba mal a los emigrantes.

Historias marginales, págs.65 –68, Seix Barral, Barcelona, 2000

Historias marginales / Luis Sepúlveda
Verfasser: Luis Sepúlveda**Ausgabe:** 4. ed.**Erschienen:** Barcelona : Seix Barral, 2000
Umfang: 155 S.**Schriftenreihe:** Biblioteca breve

Standort: Zentralbibliothek, Freihandbereich UBKiel
Freihandfachnummer: rom 980:sep 8,2Signatur: Bc 2082

N° 6 Prejuicios asesinos

Rosa Montero

(Madrid, 1951)

Los prejuicios son esos parásitos del pensamiento que nos empequeñecen y envilecen. Son un producto de la sinrazón y la incultura, pero también de la miseria moral. Porque los prejuicios más indestructibles son aquellos que proporcionan alguna ventaja, algún beneficio al prejuicioso. Por ejemplo, pensar que los negros son seres inferiores ha permitido a los blancos sentirse superiores a ellos y explotarles durante siglos. De manera que el prejuicio es ciego, en efecto, pero también egoísta, depredador y a menudo homicida. Y somos tan responsables de nuestras reflexiones conscientes como de esas zonas oscuras de pereza mental.

Uno de los casos más espectaculares y conmovedores de prejuicio que conozco es la terrible historia de Ignaz Semmelweis (1818-1865), un ginecólogo húngaro maravilloso. A los veintiocho años, Ignaz fue nombrado ayudante de la primera clínica ginecológica de Viena. En aquel entonces se había puesto de moda que las mujeres parieran en los hospitales. Al mismo tiempo, coincidencia curiosa, se había desatado en todo el mundo una atroz epidemia que acababa con la vida de miles de parturientas: la fiebre puerperal, una infección generalizada que se declaraba tras el parto y que mataba a la mujer en pocas semanas entre terribles sufrimientos.

Nadie sabía la causa de la fiebre, y ningún médico parecía tener en cuenta que atacaba sobre todo a quienes parían en los hospitales. Las cifras eran espantosas: por ejemplo, de los dos pabellones de parto que había en el hospital de Viena, el dirigido por el doctor Klein, que era donde trabajaba Ignaz, registró una media de un 33% de muertes en 1842. Y hubo momentos peores: en los primeros meses de 1846 se alcanzó un 96% de fallecimientos.

Semmelweis, horrorizado ante la matanza, empezó a pensar, a analizar. El pabellón de Klein duplicaba las bajas del otro pabellón e Ignaz descubrió que la única diferencia era que en el primero hacían prácticas los estudiantes que venían directamente de realizar autopsias, y que metían sus manos en los vientres de las mujeres sin haberse lavado previamente.

Semmelweis ordenó que estudiantes y médicos se limpiaran las manos con agua clorada antes de tocar a las parturientas, y la mortalidad descendió al 0,23%. El entusiasmado Ignaz incluso intentó obligar a lavarse a su propio jefe, y Klein, enfurecido, echó del hospital al joven médico.

Sin trabajo, Ignaz continuó sus investigaciones. Un amigo suyo se cortó con el escalpelo durante una autopsia, y murió con los mismos síntomas de la fiebre puerperal, esto es, con los síntomas de la septicemia. Esto convenció aún más a Semmelweis de que la fiebre era causada por las manos contaminadas de los médicos y el hombre se lanzó a una afanosa campaña, intentando convencer a sus colegas de la sencilla obviedad de su descubrimiento.

Su irrebatible verdad, sin embargo, chocó frontalmente contra el cómodo y egocéntrico prejuicio de los ginecólogos: ¿cómo iban a ser ellos, los santones de la ciencia y la salud, los grandes varones sabelotodo, los causantes de la enorme mortandad? Las sociedades médicas de Amsterdam, Berlín, Londres y Edimburgo condenaron sus aberrantes teorías. Ignaz fue expulsado del colegio médico y en 1849 las autoridades le ordenaron abandonar Viena.

A partir de entonces fue un paria, un apestado. Atacado por todos y desesperado por la certidumbre de lo que sabía, por esa verdad indiscutible y tan sencilla que hubiera podido ahorrar cientos de miles de vidas, fue perdiendo los nervios poco a poco. En 1856, acorralado y horrorizado, publicó una carta abierta a todos los profesores de obstetricia: "¡Asesinos!...". Tenía razón: sus colegas se comportaban como verdaderos criminales.

Semmelweis tenía la razón, sí, pero no el poder, y los poderosos de su tiempo decretaron que estaba loco y le encerraron en un psiquiátrico. En 1865, durante una salida del manicomio, Ignaz hundió un escalpelo en un cadáver putrefacto y luego se hirió a sí mismo. Tres semanas después moría con los síntomas de las parturientas.

Fue un último y desesperado intento para convencer a los ginecólogos, pero su sacrificio no sirvió de nada: tuvieron que pasar cincuenta años hasta que la clase médica aceptara sus elementales conceptos de higiene.

Y, mientras tanto, las embarazadas siguieron acudiendo como corderos a parir, y a morir, a los hospitales de todo el mundo. A fin de cuentas no eran más que unas pobres mujeres, y sus vidas eran una menudencia en comparación con la dignidad de los grandes doctores. Digo yo si también será por eso, por restos de los viejos prejuicios, por lo que hoy apenas se habla de Semmelweis. No me digan que no resulta extraño que hoy nadie recuerde a ese gran hombre, mártir de la razón, de la compasión y de la verdad.

El País Semanal, pág. 130, 20-11-2005

N° 7 Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos Juan José Arreola

(Ciudad Guzmán, México, 1918 – 2001)

Estimable señor:

Como he pagado a usted tranquilamente el dinero que me cobró por reparar mis zapatos, le va a extrañar sin duda la carta que me veo precisado a dirigirle.

En un principio no me di cuenta del desastre ocurrido. Recibí mis zapatos muy contento, augurándoles una larga vida, satisfecho por la economía que acababa de realizar: por unos, cuantos pesos, un nuevo par de calzado. (Éstas fueron precisamente sus palabras y puedo repetirlas.)

Pero mi entusiasmo se acabó muy pronto. Llegado a casa examiné detenidamente mis zapatos. Los encontré un poco deformes, un tanto duros y resecos. No quise conceder mayor importancia a esta metamorfosis. Soy razonable. Unos zapatos remontados tienen algo de extraño, ofrecen una nueva fisonomía, casi siempre deprimente.

Aquí es preciso recordar que mis zapatos no se hallaban completamente arruinados. Usted mismo les dedicó frases elogiosas por la calidad de sus materiales y por su perfecta hechura. Hasta puso muy alto su marca de fábrica. Me prometió, en suma, un calzado flamante.

Pues bien: no pude esperar hasta el día siguiente y me descalcé para comprobar sus promesas. Y aquí estoy, con los pies doloridos, dirigiendo a usted una carta, en lugar de transferirle las palabras violentas que suscitaron mis esfuerzos infructuosos.

Mis pies no pudieron entrar en los zapatos. Como los de todas las personas, mis pies están hechos de una materia blanda y sensible. Me encontré ante unos zapatos de hierro. No sé cómo ni con qué artes se las arregló usted para dejar mis zapatos inservibles. Allí están, en un rincón, guiñándome burlonamente con sus puntas torcidas.

Cuando todos mis esfuerzos fallaron, me puse a considerar cuidadosamente el trabajo que usted había realizado. Debo advertir a usted que carezco de toda instrucción en materia de calzado. Lo único que sé es que hay zapatos que me han hecho sufrir, y otros, en cambio, que recuerdo con ternura: así de suaves y flexibles eran.

Los que le di a componer eran unos zapatos admirables que me habían servido fielmente durante muchos meses. Mis pies se hallaban en ellos como pez en el agua. Más que zapatos, parecían ser parte de mi propio cuerpo, una especie de envoltura protectora que daba a mi paso firmeza y seguridad. Su piel era en realidad una piel mía, saludable y resistente. Sólo que daban ya muestras de fatiga. Las suelas sobre todo: unos amplios y profundos adelgazamientos me hicieron ver que los zapatos se iban haciendo extraños a mi persona, que se acababan. Cuando se los llevé a usted, iban ya a dejar ver los calcetines.

También habría que decir algo acerca de los tacones: piso defectuosamente, y los tacones mostraban huellas demasiado claras de este antiguo vicio que no he podido corregir.

Quise, con espíritu ambicioso, prolongar la vida de mis zapatos. Esta ambición no me parece censurable: al contrario, es señal de modestia y entraña una cierta humildad. En vez de tirar mis zapatos, estuve dispuesto a usarlos durante una segunda época, menos brillante y lujosa que la primera. Además, esta costumbre que tenemos las personas modestas de renovar el calzado es, si no me equivoco, el *modus vivendi* de las personas como usted.

Debo decir que del examen que practiqué a su trabajo de reparación he sacado muy feas conclusiones. Por ejemplo, la de que usted no ama su oficio. Si usted, dejando aparte todo resentimiento, viene a mi casa y se pone a contemplar mis zapatos, ha de darme toda la razón. Mire usted qué costuras: ni un ciego podía haberlas hecho tan mal. La piel está cortada con inexplicable descuido: los bordes de las suelas son irregulares y ofrecen peligrosas aristas. Con toda seguridad, usted carece de hormas en su taller, pues mis zapatos ofrecen un aspecto indefinible. Recuerde usted, gastados y todo, conservaban ciertas líneas estéticas. Y ahora...

Pero introduzca usted su mano dentro de ellos. Palpará usted una caverna siniestra. El pie tendrá que transformarse en reptil para entrar. Y de pronto un tope; algo así como un quicio de cemento poco antes de llegar a la punta. ¿Es posible? Mis pies, señor zapatero, tienen forma de pies, son como los suyos, si es que acaso usted tiene extremidades humanas.

Pero basta ya. Le decía que usted no le tiene amor a su oficio y es cierto. Es también muy triste para usted y peligroso para sus clientes, que por cierto no tienen dinero para derrochar.

A propósito: no hablo movido por el interés. Soy pobre pero no soy mezquino. Esta carta no intenta abonarse la cantidad que yo le pagué por su obra de destrucción. Nada de eso. Le escribo sencillamente para exhortarle a amar su propio trabajo. Le cuento la tragedia de mis zapatos para infundirle respeto por ese oficio que la vida ha puesto en sus manos; por ese oficio que usted aprendió con alegría en un día de juventud... Perdón; usted es todavía joven. Cuando menos, tiene tiempo para volver a comenzar, si es que ya olvidó cómo se repara un par de calzado.

Nos hacen falta buenos artesanos, que vuelvan a ser los de antes, que no trabajen solamente para obtener el dinero de los clientes, sino para poner en práctica las sagradas leyes del trabajo. Esas leyes que han quedado irremisiblemente burladas en mis zapatos.

Quisiera hablarle del artesano de mi pueblo, que remendó con dedicación y esmero mis zapatos infantiles. Pero esta carta no debe catequizar a usted con ejemplos.

Sólo quiero decirle una cosa: si usted, en vez de irritarse, siente que algo nace en su corazón y llega como un reproche hasta sus manos, venga a mi casa y recoja mis zapatos, intente en ellos una segunda operación, y todas las cosas quedarán en su sitio.

Yo le prometo que si mis pies logran entrar en los zapatos, le escribiré una hermosa carta de gratitud, presentándolo en ella como hombre cumplido y modelo de artesanos.

Soy sinceramente su servidor.

[Cuento. Texto completo]

http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/arreola/carta.htm

N° 8 Grave problema de los argentinos: **Julio Cortázar**

(Bruselas, 1914 – París, 1984)

Querido amigo, estimado, o el nombre a secas

Usted se reirá, pero es uno de los problemas argentinos más difíciles de resolver. Dado nuestro carácter (problema central que dejamos por esta vez a los sociólogos) el encabezamiento de las cartas plantea dificultades hasta ahora insuperables. Concretamente, cuando un escritor tiene que escribirle a un colega de quien no es amigo personal, y ha de combinar la cortesía con la verdad, ahí empieza el crujir de plumas. Usted es novelista y tiene que escribirle a otro novelista; usted es poeta, e ídem; usted es cuentista. Toma una hermosa hoja de papel, y pone: "Señor Oscar Frumento, Garabato 1787, Buenos Aires." Deja un buen espacio (las cartas ventiladas son las más elegantes) y se dispone a empezar. No tiene ninguna confianza con Frumento; no es amigo de Frumento; él es novelista y usted también; en realidad usted es mejor novelista que él, pero no cabe duda de que él piensa lo contrario. A un señor que es un colega pero no un amigo no se le puede decir: "Querido Frumento." No se le puede decir por la sencilla razón de que usted no lo quiere a Frumento. Ponerle querido es casi lascivo, en todo caso una mentira que Frumento recibirá con una sonrisa tetánica. La gran solución argentina parece ser, en esos casos, escribir: "Estimado Frumento." Es más distante, más objetivo, prueba un sentimiento cordial y un reconocimiento de valores. Pero si usted le escribe a Frumento para anunciarle que por paquete postal le envía su último libro, y en el libro ha puesto una dedicatoria en la que se habla de admiración (es de lo que más se habla en las dedicatorias), ¿cómo lo va a tratar de estimado en la carta? Estimado es un término que rezuma indiferencia, oficina, balance anual, desalojo, ruptura de relaciones, cuenta del gas, cuota del sastre. Usted piensa desesperadamente en una alternativa y no la encuentra; en la Argentina somos queridos o estimados y sanseacabó. Hubo una época (yo era joven y usaba rancho de paja) en que muchas cartas empezaban directamente después del lugar y la fecha; el otro día encontré una, muy amarillita la pobre, y me pareció un monstruo, una abominación. ¿Cómo le vamos a escribir a Frumento sin identificarlo (Frumento) y luego calificarlo (querido/estimado)? Se comprende que el sistema de mensaje directo haya caído en desuso o quede reservado únicamente para esas cartas que empiezan: "Un canalla como usted, etc.", o "Le doy 3 días para abonar el alquiler", cosas así. Más se piensa, menos se ve la posibilidad de una tercera posición entre querido y estimado; de algo hay que tratarlo a Frumento, y lo primero es mucho y lo segundo frigidaire.

Variantes como "apreciado" y "distinguido" quedan descartadas por tilingas y cursis. Si uno lo llama "maestro" a Frumento, es capaz de creer que le está tomando el pelo. Por más vueltas que le demos, se vuelve a caer en querido o estimado. Che, ¿no se podría inventar otra cosa? Los argentinos necesitamos que nos desalmidonen un poco, que nos enseñen a escribir con naturalidad: "Pibe Frumento, gracias por tu último libro", o con afecto: "Ñato, qué novela te mandaste", o con distancia pero sinceramente: "Hermano, con las oportunidades que había en la fruticultura", entradas en materia que concilien la veracidad con la llaneza. Pero será difícil, porque todos nosotros somos o estimados o queridos, y así nos va.

La vuelta al día en ochenta mundos , pág 49-50, Siglo XXI de España Editores. TT 89-COR-II/9 RS

Reise um den Tag in 80 Welten / Julio Cortázar, **Ah 6493,** UB Kiel Dt. Erstausg., Fr Gutenberg [u.a.], 2003.

Obras completas / Julio Cortázar. Ed. e introd. general de Saúl Yurkievich , **rom 980:cor8,2**
Signatur: Bc 8775, UB Kiel, Barcelona : Galaxia, 2003.

N° 9 La espera — Jorge Luis Borges

(Argentina, 1899- Suiza, 1986)

El coche lo dejó en el cuatro mil cuatro de esa calle del Noroeste. No habían dado las nueve de la mañana; el hombre notó con aprobación los manchados plátanos, el cuadrado de tierra al pie de cada uno, las decentes casas de balconcito, la farmacia contigua, los desvaídos rombos de la pinturería y ferretería. Un largo y ciego paredón de hospital cerraba la acera de enfrente; el sol reverberaba, más lejos, en unos invenáculos. El hombre pensó que esas cosas (ahora arbitrarias y casuales y en cualquier orden, como las que se ven en los sueños) serían con el tiempo, si Dios quisiera, invariables, necesarias y familiares. En la vidriera de la farmacia se leía en letras de loza: Breslauer, los judíos estaban desplazando a los italianos, que habían desplazado a los criollos. Mejor así; el hombre prefería no alternar con gente de su sangre.

El cochero le ayudó a bajar el baúl; una mujer de aire distraído o cansado abrió por fin la puerta. Desde el pescante el cochero le devolvió una de las monedas, un vintén oriental que estaba en su bolsillo desde esa noche en el hotel de Melo. El hombre le entregó cuarenta centavos, y en el acto sintió: "Tengo la obligación de obrar de manera que todos se olviden de mí. He cometido dos errores: he dado una moneda de otro país y he dejado ver que me importa esa equivocación".

Precedido por la mujer, atravesó el zaguán y el primer patio. La pieza que le habían reservado daba, felizmente, al segundo. La cama era de hierro, que el artífice había deformado en curvas fantásticas, figurando ramas y pámpanos; había, asimismo, un alto ropero de pino, una mesa de luz, un estante con libros a ras del suelo, dos sillas desparejas y un lavatorio con su palangana, su jarra, su jabonera y un botellón de vidrio turbio. Un mapa de la provincia de Buenos Aires y un crucifijo adornaban las paredes; el papel era carmesí, con grandes pavos reales repetidos, de cola desplegada. La única puerta daba al patio. Fue necesario variar la colocación de las sillas para dar cabida al baúl. Todo lo aprobó el inquilino; cuando la mujer le preguntó cómo se llamaba, dijo Villari, no como un desafío secreto, no para mitigar una humillación que, en verdad, no sentía, sino porque ese nombre lo trabajaba, porque le fue imposible pensar en otro.

No lo sedujo, ciertamente, el error literario de imaginar que asumir el nombre del enemigo podía ser una astucia.

El señor Villari, al principio, no dejaba la casa; cumplidas unas cuantas semanas, dio en salir, un rato, al oscurecer. Alguna noche entró en el cinematógrafo que había a las tres cuadras. No pasó nunca de la última fila; siempre se levantaba un poco antes del fin de la función. Vio trágicas historias del hampa; éstas, sin duda, incluían errores, éstas, sin duda, incluían imágenes que también lo eran de su vida anterior; Villari no las advirtió porque la idea de una coincidencia entre el arte y la realidad era ajena a él. Dócilmente trataba de que le gustaran las cosas; quería adelantarse a la intención con que se las mostraban. A diferencia de quienes han leído novelas, no se veía nunca a sí mismo como un personaje del arte.

No le llegó jamás una carta, ni siquiera una circular, pero leía con borrosa esperanza una de las secciones del diario. De tarde, arrimaba a la puerta una de las sillas y mateaba con seriedad, puestos los ojos en la enredadera del muro de la inmediata casa de altos. Años de soledad le habían enseñado que los días, en la memoria, tienden a ser iguales, pero que no hay un día, ni siquiera de cárcel o de hospital, que no traiga sorpresas, que no sea al trasluz una red de mínimas sorpresas. En otras reclusiones había cedido a la tentación de contar los días y las horas, pero esta reclusión era distinta, porque no tenía término -salvo que el diario, una mañana, trajera la noticia de la muerte de Alejandro Villari. También era posible que Villari ya hubiera muerto y entonces esta vida era un sueño. Esa posibilidad lo inquietaba, porque no acabó de entender si se parecía al alivio o a la desdicha; se dijo que era absurda y la rechazó. En días lejanos, menos lejanos por el curso del tiempo que por dos o tres hechos irrevocables, había deseado muchas cosas, con amor sin escrúpulo; esa voluntad poderosa, que había movido el odio de los hombres y el amor de alguna mujer; ya no quería cosas particulares: sólo quería perdurar, no concluir. El sabor de la yerba, el sabor del tabaco negro, el creciente filo de sombra que iba ganando el patio, eran suficientes estímulos.

Había en la casa un perro lobo, ya viejo. Villari se amistó con él. Le hablaba en español, en italiano y en las pocas palabras que le quedaban del rústico dialecto de su niñez. Villari trataba de vivir en el mero presente, sin recuerdos ni previsiones; los primeros le importaban menos que las últimas. Oscuramente creyó intuir que el pasado es la sustancia de que el tiempo está hecho; por ello es que

éste se vuelve pasado en seguida. Su fatiga, algún día, se pareció a la felicidad; en momentos así, no era mucho más complejo que el perro.

Una noche lo dejó asombrado y temblando una íntima descarga de dolor en el fondo de la boca. Ese horrible milagro recurrió a los pocos minutos y otra vez hacia el alba. Villari, al día siguiente, mandó buscar un coche que lo dejó en un consultorio dental del barrio del Once. Ahí le arrancaron la muela. En ese trance no estuvo más cobarde ni más tranquilo que otras personas.

Otra noche, al volver del cinematógrafo, sintió que lo empujaban. Con ira, con indignación, con secreto alivio, se encaró con el insolente. Le escupió una injuria soez; el otro, atónito, balbuceó una disculpa. Era un hombre alto, joven, de pelo oscuro, y lo acompañaba una mujer de tipo alemán; Villari, esa noche, se repitió que no los conocía. Sin embargo, cuatro o cinco días pasaron antes que saliera a la calle.

Entre los libros del estante había una *Divina Comedia*, con el viejo comentario de Andreoli. Menos urgido por la curiosidad que por un sentimiento de deber, Villari acometió la lectura de esa obra capital; antes de comer, leía un canto, y luego, en orden riguroso, las notas. No juzgó inverosímiles o excesivas las penas infernales y no pensó que Dante lo hubiera condenado al último círculo donde los dientes de Ugolino roen sin fin la nuca de Ruggieri.

Los pavos reales del papel carmesí parecían destinados a alimentar pesadillas tenaces, pero el señor Villari no soñó nunca con una glorieta monstruosa hecha de inextricable: pájaros vivos. En los amaneceres soñaba un sueño de fondo igual y de circunstancias variables. Dos hombres y Villar entraban con revólveres en la pieza y lo agredían al salir del cinematógrafo o eran, los tres a un tiempo, el desconocido que lo había empujado, o lo esperaban tristemente en el patio y parecían no conocerlo. Al fin del sueño, él sacaba el revólver del cajón de la inmediata mesa de luz (y es verdad que en ese cajón guardaba un revólver) y lo descargaba contra los hombres. El estruendo del arma lo despertaba, pero siempre era un sueño y en otro sueño tenía que volver a matarlos.

Una turbia mañana del mes de julio, la presencia de gente desconocida (no el ruido de la puerta cuando la abrieron) lo despertó. Altos en la penumbra del cuarto, curiosamente simplificados por la penumbra (siempre en los sueños de temor habían sido más claros), vigilantes, inmóviles y pacientes, bajos los ojos como si el peso de las armas los encorvara, Alejandro Villari y un desconocido lo habían alcanzado, por fin. Con una seña les pidió que esperaran y se dio vuelta contra la pared, como si retomara el sueño. ¿Lo hizo para despertar la misericordia de quienes lo mataron, o porque es menos duro sobrellevar un acontecimiento espantoso que imaginarlo aguardarlo sin fin, o -y esto es quizá lo más verosímil- para que los asesinos fueran un sueño, como ya lo habían sido tantas veces, en el mismo lugar, a la misma hora?

En esa magia estaba cuando lo borró la descarga.

***Obras completas de Jorge Luis Borges*, pág. 808 y sig.,** Editorial Emecé, 1974

Gesamttitel: Obras completas / Jorge Luis Borges
Verfasser: Jorge Luis Borges**Erschienen:** Buenos Aires : Emecé, 2001-

Standort: Fachbibliothek am Romanischen Seminar
Signatur: Einzelsignaturen
Status: Praesenzbestand
Standort: Zentralbibliothek, Freihandbereich
Freihandfachnummer: rom 980:bor 3,2Signatur: Ba 6219
Status: ausleihbar

,

N° 10 Lenguas e inmigración: el bilingüismo es una ventaja

Privar al niño inmigrante de su lengua materna es crear una situación conflictiva entre el modelo familiar y el modelo social, es decir, menoscabarle su identidad. Si el sistema escolar respetara su lengua y su cultura los hijos de emigrantes desarrollarían una mayor estima de sí y de los otros.

"Como un sonámbulo y por caminos de contrabandista, pasé de mi lengua de la niñez a la de mi país de elección". Héctor Bianciotti, 1995.

Buena parte de los Estados "desarrollados" tienen una o varias lenguas oficiales, pero sus poblaciones, de orígenes étnicos diversos, hablan de forma cotidiana una serie de otros idiomas. "Se estima que en 2000, más de un tercio de los ciudadanos menores de 35 años que viven en Europa Occidental provienen de la inmigración", señala un documento de la UNESCO sobre la diversidad lingüística donde se precisa que "Francia, Alemania y el Reino Unido son los tres países de la Unión Europea (UE) donde hay más comunidades de origen inmigrante, y las más numerosas son las procedentes de Turquía y el Magreb".
Las políticas actuales de los países occidentales elaboran leyes que endurecen las condiciones de inmigración e introducen exámenes de lengua y de cultura. Solicitar a los candidatos a la inmigración que conozcan rudimentos de francés, neerlandés o inglés y las normas de base sobre el funcionamiento de los países de acogida no parece, en principio, absurdo.

Pero lo es cuando la meta es "borrar" de su mente la lengua materna a poco que ésta sea considerada una lengua "menor". Recordemos por ejemplo el informe francés concerniente a la seguridad interior de octubre de 2004 "[para los niños de 1 a 3 años]. Sólo los padres y en particular la madre tienen contacto con los niños. Si son de origen extranjero, éstas deberán obligarse a hablar francés en el hogar para habituar a los niños a utilizar sólo este idioma para expresarse", dice el texto, que prosigue: "Pero, si ellas en ciertos casos sienten reticencias por parte de los padres, que con frecuencia exigen que en la casa se hable el dialecto del país, las madres se persuadirán de no hacerlo. En tal caso deben iniciarse acciones para incitar al padre en tal dirección".

De paso, en el documento original puede observarse que la palabra "francés" designando un idioma está escrita con mayúscula cosa que es contraria a las normas ortográficas francesas. Cabe suponer también que por "hablar dialecto" se designa el árabe, el chino, el serbio…

Según este informe, el desarrollo cognitivo, escolar y social de los niños a quienes no se obliga a hablar francés en el hogar se vería comprometido porque luego tendrían inevitables problemas de lenguaje, los que a su vez les acarrearían disturbios en su conducta ulterior que ¡desembocarían en la delincuencia!

La lengua materna, en el banquillo de los acusados

Esta postura absurda refleja un desconocimiento flagrante del desarrollo del lenguaje y del papel materno en la construcción psíquica, cognitiva y cultural de un individuo. ¿Cómo puede imaginarse, siquiera un instante, que una madre pueda hablar a su hijo en una lengua que ella misma no domina? ¿Cómo se puede ignorar que la lengua materna vehicula los afectos, permite la organización de las facultades cognitivas y simboliza para los niños inmigrantes la continuidad, el vínculo entre el país de origen y la familia?

Privar al niño de la lengua materna en el hogar es crear una situación conflictiva entre el modelo familiar y el modelo social, entre la familia y la escuela con el riesgo de causar un empobrecimiento de las referencias culturales y una socialización frágil.

Es también no considerar que el bilingüismo es una ventaja y no un hándicap, es considerarlo como un obstáculo a una escolaridad y una integración exitosas tanto más cuando se trata de lenguas consideradas "raras" (¡es el colmo!) como el árabe, el chino o el ruso. Pero, si se trata de lenguas "socialmente valorizadas" como el inglés o el alemán ¡el bilingüismo se convierte entonces en un atributo de élite!

Las tesis y propuestas sobre el uso (mejor dicho el no empleo) de la lengua materna en el Informe sobre la Prevención de la Delincuencia de 2004 cuentan con numerosos adeptos en el medio político

y docente francés, pero también han suscitado violentas reacciones adversas. En ese sentido, asociaciones, ONGs, sindicatos e intelectuales se movilizaron obteniendo que el texto sea modificado. En la versión de 2005, se lee: “Reconocimiento del bilingüismo precoz como factor de integración. Tras mucho debatir el tema, la comisión evolucionó considerablemente al respecto. Parecería pues que el mantenimiento combinado de la lengua materna y de la lengua dominante permite a los niños obtener mejores resultados (...)”.

¿Conflicto o diálogo de lenguas?

Babilonia reconquistada

"La separación brutal del contexto lingüístico y cultural se asocia, en mi espíritu, a la imagen de un árbol arrancado de cuajo y trasplantado a otro lugar."

Los últimos veinte años de investigaciones en psicolingüística y sociolingüística demostraron, sin equívocos que la adquisición y el aprendizaje de varias lenguas por parte de los niños sean cuales fueren sus medios socioculturales y las lenguas en cuestión, no dificulta para nada su desarrollo cognitivo. Por el contrario, los niños bilingües muestran en el estudio de ciertas disciplinas mayor rapidez y flexibilidad y desarrollan mejores capacidades de comunicación. Si manifiestan un ligero déficit en la segunda lengua -que es a menudo pasajero-, lo compensan por un sistema mental más rico, con capacidades cognitivas con frecuencia más eficaces y una visión del mundo más fértil.

Cuando las dificultades escolares atañen a los niños de inmigrantes, la mayoría de los maestros franceses acusan en primer lugar al conflicto de lenguas y culturas. Pero si las lenguas y culturas de los inmigrantes fueran puestas más en valor, enseñadas en las escuelas para todos los alumnos, respetadas por el sistema escolar y por la sociedad dominante, los individuos desarrollarían una mayor estima y respecto de sí y por tanto de los otros.

François Cheng, escritor chino llegado a París a la edad de 20 años sin saber una palabra de francés es, desde 2003, miembro de la Academia Francesa. En su libro *El diálogo* (2002) expresa: “El destino quiso que a partir de cierto momento de mi vida me convirtiera en portador de dos lenguas: la china y la francesa. ¿Pero, fue realmente el destino? o ¿existió acaso algo de albedrío? Sea lo que fuere, he intentado arrogarme el desafío asumiendo, a mi manera, ambas lenguas hasta sus últimas consecuencias. […] Nada tiene pues de extraordinario que desde entonces, en el corazón mismo de mi aventura lingüística orientada hacia el amor de una lengua adoptada resuene un tema mayor; el diálogo…”

Diálogo entre las comunidades, diálogo entre las lenguas…Los lingüistas saben y subrayan que los inmigrantes contribuyen al dinamismo y al enriquecimiento de las lenguas como el inglés o el francés. Por ejemplo, la mezcla del chino, el coreano, el japonés y el vietnamita con el inglés es un fenómeno mundial que los inmigrantes de diversos orígenes asiáticos utilizan para comunicar entre sí aportando de esta manera sus propias contribuciones lingüísticas. Lo mismo ocurre con el spanglish, lengua híbrida que mezcla español e inglés y es muy popular entre los jóvenes en Estados Unidos. El spanglish es uno de los ejemplos más elocuentes de la evolución de una lengua frente a la inmigración y a mundialización.

Ranka Bijeljac-Babić psicolingüista franco-serbia, Universidades de Poitiers y de París.

Correo de la Unesco N° 1, 2008
http://portal.unesco.org/es/ev.php-

N° 11 Botines con lazos

Olga Orozco
(Olga Noemí Gugliotta; La Pampa, 1920 - Buenos Aires, 1999)

¿Son dos extraños fósiles,
emisarios sombríos de una fauna sepultada en un bosque de carbón,
que vienen a reclamar un óbolo de luz para sus muertos?
¿Son ídolos de piedra,
cascotes desprendidos del obraje de los más tristes sueños?
¿O son moldes de hierro
para fraguar los pasos a imagen del martirio y a semejanza de la penitencia?

Son tus viejos botines, infortunado Vincent,
hechos a la medida de un abismo interior, como las ortopedias del exilio;
dos lonjas de tormento curtidas por el betún de la pobreza,
embalsamadas por lloviznas agrias,
con unos lazos sueltos que solamente trenzan el desamparo con la soledad,
pero con duros contrafuertes para que sea exiguo el juego del destino,
para que te acorrale contra el muro la ronda de los cuervos.

Pero son tus botines, perfectos en su género de asilo,
modelos para atar a cada ráfaga de alucinada travesía,
fieles como tu silla, tus ojos y tu Biblia.
Aferrados a ti como zarpas fatales desde las plantas hasta los tobillos,
desde Groot Zundert basta la posada del infierno final,
es inútil que quieran sepultar tus raíces en una casa hundida en el rescoldo,
en el barro bruñido, el brillo de las velas y el íntimo calor de las patatas,
porque una y otra vez tropiezan con el filo de la mutilación,
porque una y otra vez los aspira hacia arriba la tromba que no entienden:
tu fuga de evadido como un vértigo azul, como un cráter de fuego.

Botines de trinchera, inermes en la batalla del vendaval y el alma:
han girado contigo en todas las vorágines del cielo
y han caído en la trampa de tu hoguera oculta bajo el incendio de los campos,
sin encontrar jamás una salida,
por más que pisoteen esas flores fanáticas que zumban como abejorros amarillos,
esos soles furiosos que atruenan contra tu oreja, tan distante,
perdida como un pálido rehén entre los torbellinos de otro mundo.

Botines de tribunal, a tientas en la noche del patíbulo,
sin otro resplandor que unos pobres destellos arrancados al pedernal de la locura,
entre los que hay un pájaro abatido en medio de su vuelo:
el extraño, remoto anuncio blanco de una negra sentencia.
Resuenan dando tumbos de ataúd al subir la escalera,
vacilan junto al lecho donde se precipitan vidrios de increíbles visiones,
trizado por una bala el árido universo,
y dejan caer a lentas sacudidas el balance de polvo tormentoso adherido a sus suelas.

Ahora husmean la manta de hiedra que recubre tu sueño junto a Theo,
allá, en el irreversible Auvers-sur-Oise,
y escarban otra tumba entre los andamiajes de la inmensa tiniebla.
Son botines de adiós, de siempre y nunca, de hambriento funeral:
se buscan en la memoria de tu muerte.

Num. 11 de La noche a la deriva (1984)

Los 100 grandes poemas de España y América, Ortega Julio, SigloXXI edit., pág 264, 2000

N° 12 A la Pintura (poema del color y la línea) **Rafael Alberti**

(El Puerto de Santa María, Cádiz 1902 –1999)

¡El Museo del Prado! ¡Dios mío! Yo tenía
pinares en los ojos y alta mar todavía
con un dolor de playas de amor en un costado,
cuando entré al cielo abierto del Museo del Prado.
¡Oh asombro! ¡Quién pensara que los viejos pintores
pintaron la Pintura con tan claros colores;
que de la vida hicieron una ventana abierta,
no una petrificada naturaleza muerta,
y que Venus fue nácar y jazmín trasparente,
no umbría, como yo creyera ingenuamente!

Perdida de los pinos y de la mar, mi mano
tropezaba los pinos y la mar de Tiziano,
claridades corpóreas jamás imaginadas,
por el pincel del viento desnudas y pintadas.

¿Por qué a mi adolescencia las antiguas figuras
le movieron el sueño misteriosas y oscuras?
Yo no sabía entonces que la vida tuviera
Tintoretto (verano), Veronés (primavera),
ni que las rubias Gracias de pecho enamorado
corrieran por las salas del Museo del Prado.

Las sirenas de Rubens, sus ninfas aldeanas
no eran las ruborosas deidades gaditanas
que por mis mares niños e infantiles florestas
nadaban virginales o bailaban honestas.
Mis recatados ojos agrestes y marinos
se hundieron en los blancos cuerpos grecolatinos.
Y me bañé de Adonis y Venus juntamente

y del líquido rostro de Narciso en la fuente.
Y -¡oh relámpago súbito!- sentí en la sangre mía
arder los litorales de la mitología,
abriéndome en los dioses que alumbró la Pintura
la Belleza su rosa, su clavel la Hermosura.

¡Oh celestial gorjeo! De rodillas, cautivo
del oro más piadoso y añil más pensativo,
caminé las estancias, los alados vergeles
del ángel que a Fra Angélico cortaba los pinceles.

Y comprendí que el alma de la forma era el sueño
de Mantegna, y la gracia, Rafael, y el diseño,
y oí desde tan métricas, armoniosas ventanas
mis andaluzas fuentes de aguas italianas.

Transido de aquel alba, de aquellas claridades,
triste «golfo de sombra», violentas oquedades
rasgadas por un óseo fulgor de calavera,
me ataron a los ímprobos tormentos de Ribera.

La miseria, el desgarro, la preñez, la fatiga,
el tracoma harapiento de la España mendiga,
el pincel como escoba, la luz como cuchillo
me azucaró la grácil abeja de Murillo.

De su célica, rústica, hacendosa, cromada
paleta golondrina María Inmaculada,
penetré al castigado fantasmal verdiseco
de la muerte y la vida subterránea del Greco.

Dejaba lo espantoso español más sombrío
por mis ojos la idea lancinante de un río

que clavara nocturno su espada corredora
contra el pecho elevado, naciente de la aurora.

Las cortinas del alba, los pliegues del celaje
colgaban sus clarísimos duros blancos al traje
de llanamente monje que Zurbarán humana
con el mismo fervor que el pan y la manzana.

¡Oh justo azul, oh nieve severa en lejanía,
trasparentada lumbre, de tan ardiente, fría!
La mano se hace brisa, aura sujeta el lino,
céfiro los colores y el pincel aire fino;
aura, céfiro, brisa, aire, y toda la sala
de Velázquez, pintura pintada por un ala.

¡Oh asombro! ¡Quién creyera que hasta los españoles
pintaron en la sombra tan claros arreboles;
que de su más siniestra charca luciferina
Goya sacara a chorros la luz más cristalina!

Mis oscuros demonios, mi color del infierno
me los llevó el diablo ratoneril y tierno
del Bosco, con su químico fogón de tentaciones
de aladas lavativas y airados escobones.

Por los senderos corren refranes campesinos.
Patinir azulea su albor sobre los pinos.
Y mientras que la muerte guadaña a la jineta,
Brueghel rige en las nubes su funeral trompeta.

El aroma a barnices, a madera encerada,
a ramo de resina fresca recién llorada;
el candor cotidiano de tender los colores

y copiar la paleta de los viejos pintores;

la ilusión de soñarme siquiera un olvidado

Alberti en los rincones del Museo del Prado;

la sorprendente, agónica, desvelada alegría

de buscar la Pintura y hallar la Poesía,

con la pena enterrada de enterrar el dolor

de nacer un poeta por morirse un pintor,

hoy distantes me llevan, y en verso remordido,

a decirte, ¡oh Pintura!, mi amor interrumpido.

[1945-1976] [Selección]

Fuente: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/albrt/

Museo del Prado: http://www.museodelprado.es/coleccion/galeria-on-line/galeria-on-line/